

5884

emporáneos



# El Permisionario

NOVELA DE  
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

11 DE MAYO DE 1917

NÚM. 437

EDICION ECONOMICA 20 Cts.

AGUA MINERAL  
NATURAL  
PURGANTE  
de LOECHES

# P E Ñ A G A L L O

DEPURATIVO  
Antifurítico  
Antiherpética

Pida Vd. botella de una dosis) Propietario: LUIS SANZ; Montera, 29, bajo. Teléfono 11-76.

SUCESOR

CROMOTIPIA  
ZINCOGRAFIA



FOTOGRAFADO

MONTANA. 33.  
MADRID.

**MONTANO** Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. El Phonola y demás aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 73 y 86 notas. Primer servicio para el traslado de pianos.

Gran salón de Conciertos. San Bernardino, 3 MADRID.

## LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

ORTOPÉDICO DEL INSTITUTO RUBIO, PREMIADO  
EN VARIAS EXPOSICIONES

GRAN CASA CONSTRUCTORA,

Teléfono 2415 MADRID Fuencarral, 104

## FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

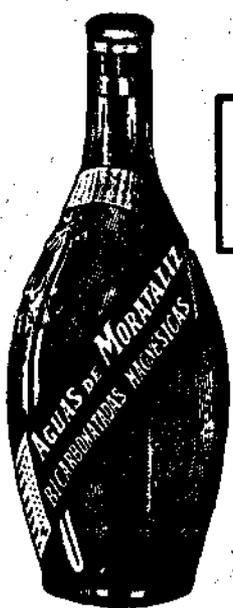
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

## LOS MUCHACHOS

Semanario infantil

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



**BEBED**  
LAS NUEVAS Y YA CÉLEBRES

**AGUAS DE**

**MORATALIZ**

Recomendadas por las más grandes eminencias  
médicas contra las enfermedades del estómago é intestinos

Depósito central: BARQUILLO. 4.— MADRID

## PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y á plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

**CASA ALONSO**  
Fundada en 1868  
22, Valverde, 22.

## FANTASIA CIENTIFICA

EL MUNDO EN EL AÑO 3.000.

Vivimos en el año 3.000 de la Era Cristiana. Nos encontramos en una isla grande en el Atlántico, algunos grados más arriba del paralelo llamado desde antiguo Trópico de Cáncer. Esta isla fué hace algunos siglos colonia de una nación Europea.

Cuenta la historia que, esta gran isla, de extensión superficial mayor que la metrópoli, durante los muchos siglos que fué colonia estaba en un completo abandono; sus habitantes indígenas, privados de instrucción, vivían en un estado casi de salvajismo primitivo; apenas tenían relaciones de ninguna clase con la metrópoli; únicamente cada dos ó tres meses recibían la visita de un navío, que entonces se movían por vapor de agua, conduciendo el correo y regresando cargado con los mejores productos de la isla, como eran cacao, café y frutas. También en aquella época remota se cultivaba una planta llamada tabaco, cuyas hojas secas se quemaban, aspirando el humo, cosa á la que llamaban "fumar". Este vicio, afortunadamente, ha desaparecido del globo, desde que el hombre se ha civilizado. También casi ha desaparecido el alcoholismo, y digo casi, porque sólo algunas naciones de la indómita Europa, se resisten á dejar de ingerir bebidas que contengan alcohol.

Hace unos cincuenta años, y en virtud de una de tantas hecatombes guerreras que la Humanidad sufrió, nuestra isla dejó de pertenecer á la nación europea, pasando á ser protegida y amparada por la Gran Confederación Oceánica; desde entonces empezó su desarrollo próspero, hasta encontrarse en la actualidad, á la cabeza de la civilización y del progreso, y regida por sí misma, ya sin protectorado, pero siempre agradecida á esta su madre tutelar. ¿Qué diferencia tan enorme de nuestra vida actual á la antigua! Hoy nuestro suelo atesora maravillosas riquezas, y no exis-

te un metro cuadrado de terreno sin cultivar, ofreciéndonos toda clase de productos, que después de ser utilizados en cantidad suficiente, dejan espléndido sobrante que es exportado con pingües ganancias.

Hemos sabido aprovechar todas las fuerzas vivas de la naturaleza, y disponemos de ellas á nuestro antojo. Después de utilizar los numerosos saltos de agua sin que se pierda la fuerza de uno solo, hemos encontrado en el movimiento incesante de las mareas una fuente de energía colosal. Más aún; el calor del sol que, durante tantos siglos ha permanecido sin aprovechar, es hoy uno de nuestros mayores elementos de prosperidad. Transformamos á nuestro antojo estas fuerzas, para desarrollar calor, luz y electricidad.

Ya no nos hacen falta aquellas minas de carbón que en otros tiempos constituían el único elemento de fuerza para las industrias y el comercio con sus máquinas de vapor. Hoy ya no las necesitamos por su pequeñez y su mezquina potencia. Asombrados quedarían nuestros antepasados, si vieran cómo puede darse la vuelta al mundo alrededor del Ecuador en veinticuatro horas, sin más que suspenderse en la atmósfera, anulando la ley de la gravedad. Es decir, sólo con permanecer quieto, la Tierra, en su movimiento de rotación se encarga de este rapidísimo viaje, sin contar con otros muchos aparatos de aviación, perfectos y cómodos, de máximas y mínimas velocidades; espléndidos autonavios que surcan rapidísimos los mares, movidos por la electricidad acumulada en un pequenísimo receptáculo.

Tenemos automóviles eléctricos con velocidades de trescientos kilómetros por hora, que marchan por nuestros dobles caminos sin peligro de un choque y sin las molestias del polvo, conseguido todo por las modernas aplicaciones del radio y la electricidad. Ya no existen más que en los museos de antigüedades los vehículos y máquinas movidas por fuerza animal.

En otro orden de cosas, asombran los progresos realizados por la Medicina.

En primer lugar, la higiene, apartando la causa de las enfermedades casi siempre, ó curándolas cuando aparecen, consiguió que el término medio de la vida del hombre sean ciento cincuenta años, pero vida próspera, lozana, vigorosa. La cirugía ha quedado reducida á los traumatismos, cosa que no puede evitarse; las infecciones aparecen rara vez, y cuando así sucede, se curan. Los tumores se ven con poca frecuencia, y su curación es inmediata.

Cuentan los libros antiguos de nuestras bibliotecas, que la tuberculosis y el cáncer eran las grandes preocupaciones de los médicos del siglo XX al XXVIII. Unos recomendaban los Sanatorios de altura; otros los marítimos; éstos, los sueros; muchos, vacunas, tuberculinas variadas; algunos escépticos, sólo vida higiénica al aire libre; un verdadero caos, producida por la impresión del descubrimiento del bacilo de Koch, hasta que un hecho imprevisto, acaecido en un laboratorio, vino á traernos un remedio infalible, que no sólo cura, sino preserva de la enfermedad tuberculosa. Este remedio es el *hidrotetrarápico*.

No ha ocurrido lo mismo con el cáncer: ya en el siglo XX se dieron los primeros pasos para su curación con aplicaciones de radio y rayos X, y sólo perfeccionamientos de técnica por una parte, y la combinación de unos y otros medios metódicamente dieron la clave de la curación, aunque este trabajo duró más de un siglo.

Sería tarea interminable describir el bienestar humano actual constituido principalmente por la gran fraternidad universal que asegura una paz octaviana, por las leyes morales que han hecho al hombre bueno; por la asimilación completa de la única y verdadera religión, la católica apostólica romana.

Dr. Josostu.

ESTA OBRA NO  
SE PRESTA



## CRONICA POLITICA

El estado de inquietud, de verdadera ansiedad que se respira en el ambiente político, lejos de suavizarse, parece aumentar conforme transcurren los días. No ya los profanos, sino las personas más enteradas de intimidades políticas, ignoran lo que nos reserva el porvenir, un porvenir próximo, tan envuelto en celajes, que no hay mirada capaz de desentrañar su incógnito contenido. Acaso esto represente una de las famosas salpicaduras de la guerra. El cataclismo mundial ha infundido, innegablemente, en la propia constitución interna de los Estados, de tal manera, que, además de la campaña exterior, varios de los pueblos beligerantes han sufrido trastornos interiores, algunos tan hondos como el cambio de régimen en Rusia; otros, menos trascendentales, pero siempre importantísimos, como la reforma de la constitución prusiana. Más de una vez hemos pensado que es un problema a dilucidar por los historiadores futuros, si estos trastornos interiores son consecuencia de la guerra, ó es, más bien, la guerra, un resultado del ansia de renovación sentida por los pueblos. Y si en España no se ha manifestado este mismo fenómeno de una manera violenta, es indudable que asistimos á un período de transformación que no ha de tardar en resolverse. Como intangible era considerada la Constitución hasta hace poco, y hoy, sus mismos defensores la consideran estéril y caduca. Hay que pensar que todo esto, con su secuela inevitable de incertidumbres y zozobras, está unido por hilos invisibles á las causas ocultas que produjeron la hecatombe iniciada en 1914.

Constantemente presenciámos rectificaciones de conducta. La desorientación más completa viene imperando en las esferas directoras. Un hecho de actualidad palpitante, corrobora esta afirmación. En breve plazo, si el gobierno mantiene su compromiso, se verificará la reapertura de Cortes. Calculamos que ha de discutirse la crisis, ante todo; y habiendo sido motivada por la cuestión internacional, se pondrá ésta sobre el tapete, olvidando que el gobierno anterior sostuvo como requisito indispensable para mantener abierto el Parlamento, la exclusión absoluta de dicho tema en los

debates; y sin embargo, afirman los actuales ministros que este gabinete no significa variación de la política representada por el que presidía el Conde de Romanones. Por otra parte, se ha tenido como apoteagma hasta hace poco la idea de que la función de las Cortes era indispensable para toda labor gubernamental; y actualmente, vemos con asombro que políticos militantes y la misma Prensa, no ya la que encarna ideales retrógrados, sino la que representa tendencias avanzadas, censuran al gobierno por acudir en estos momentos á las Cortes, considerándolas, sin duda, como un peligro y casi como un estorbo.

El gobierno va á las Cortes por necesidad y por conveniencia. Pero ¿qué sucederá en ellas? ¿Dará el Conde de Romanones la batalla al actual gabinete, ó se sumará, humilde, á sus iniciativas, en evitación de mayores males? Si sucede lo primero, ¿vencerá el gobierno, ó, dividida la mayoría, y, por lo tanto, el partido, se verá precisado á abandonar su puesto? Si acaso aconteciera lo segundo, ¿quién le sucederá? Tales son las incógnitas que se ofrecen al observador de la política en estos momentos.

El vulgo maldiciente, que sólo ve las pequeñeces de la vida pública, vaticina que las próximas Cortes sólo han de presenciar el "cuerpo á cuerpo" entre el ministro de Hacienda y el conde de Romanones. Para los que así piensan, es indudable que, dando de lado á toda cuestión de hondura y trascendentalismo, no ha de preocupar á los gobernantes más que el pleito minúsculo de la jefatura del partido liberal. No hemos de negar la posibilidad de que así sea.

Por fortuna, no todos los hombres que pueden influir en la vida española están sujetos á estas mezquindades. Prueba de ello es el discurso del Sr. Dato en el Congreso de las Ciencias de Sevilla. Elevándose sobre las trivialidades de la política al uso, el ilustre jefe del partido conservador tuvo párrafos brillantes para enaltecer la misión de la Ciencia en los destinos del mundo. Su voz, que resonó profética y consoladora ante la docta asamblea, debe llevar la certeza de futuros resurgimientos á los ánimos enervados por la desesperanza y el pesimismo.

## EFEMERIDES

DE MARTES A LUNES

Martes, 1 de Mayo.—En Pueblo Nuevo del Terrible se hunden trece casas sin causar desgracias personales.—Se disuelve la Junta Central de Subsistencias.—Celebrase en toda España la Fiesta del Trabajo sin incidente.

El miércoles en Barcelona, durante un mitin intervencionista de las Juventudes radicales, protestan los elementos sindicalistas y hay tiros y heridos.—En Madrid, una esposa ofendida degüella á su rival. Estrénase en el teatro Constanzi de Roma una nueva ópera de Mascagni titulada "Lodoletta".—Se dispone que los trenes de mercancías aumenten la velocidad.

El jueves llega á Madrid de regreso de Inglaterra, el embajador inglés Mr. Hardinge.—Se reciben noticias de que el día 2 tomó posesión de la presidencia de Méjico Don Venustiano Carranza.—Ingresa en el colegio de Poggio Imperiale la princesa Isabel de Bélgica.—Quedan rotas las relaciones entre Chile y Alemania.

El viernes un submarino alemán echa á pique dos vapores pesqueros de la matrícula de San Sebastián. Resultan cuatro muertos y varios heridos. El cónsul alemán en dicha población se apresura á excusar el hecho y entrega 4.000 pesetas para las familias de las víctimas.—Fallece en Madrid el doctor Bejarano.

El sábado en Villar de Ciervo (Salamanca), mata un rayo al pastor José Montero.

El domingo llega el Rey á Sevilla y preside la sesión de clausura del Congreso de Arquitectos y la inauguración del Congreso de Ciencias, visita las exposiciones y regresa á Madrid.—El ministro de Instrucción inaugura la Semana Agrícola de Sevilla.—El lunes se celebra en la basílica de San Pedro de Roma la ceremonia de la beatificación de la hermana española sor Ana de Saint Barthelemy.—En Madrid, en la calle de San Gregorio, un loco intenta matar á su mujer y después se suicida.—En el curso del septenario los aliados siguen avanzando en el frente occidental, un avión alemán bombardea Londres, y en distintos mares los submarinos hunden 14 vapores, y en aguas españolas tres buques neutrales.

# EL PERMISIONARIO

## I

### LA CITA

\*\*\*\*\*  
**D**ESPUÉS de tantos meses iban á volverse á ver. Era aquella una verdadera cita de novios, de enamorados, que se habían dado en Niza para gozar mejor del descanso en un clima dulce, en medio de los encantos de una naturaleza bienhechora.

Luis estaba también ya próximo á llegar. Ella tenía la visión de aquel otro tren que iba en busca del suyo, para hallarse al fin, después de los terribles días de incertidumbre, de ansiedad, sin noticias y sin cartas.

Se habían separado muy recién casados, cuando aún no se habían pulido sus almas, una al contacto de la otra, para formar esa penetración completa que es como un reposo de la pasión. Medio año de matrimonio llevaban sólo cuando la guerra había interrumpido su vida.

Fernanda se quedó sola y lloró mucho, pero no se había desesperado por la confianza que tenía en el fondo de su alma, como una seguridad de que Luis volvería. En efecto volvía, volvía permisionario, con aquella licencia de siete días, que á Fernanda le parecía una vuelta definitiva. Se habían citado en Niza, como los que se dan una cita en un café, como novios que quieren escaparse y verse á solas, sin que nadie les robe el tiempo. El no tenía familia, ella sólo tenía á su madre, una señora ocupada siempre en deberes de sociedad, á la que apenas veía. Debían aprovechar aquellos días, aquella resurrección de la luna de miel que se le ofrecía con la llegada del permisionario.

Adelantó Fernanda unos días su viaje, quería tenerlo preparado todo para cuando él llegase. Aunque estaba acostumbrada al ambiente melancólico de París, al espectáculo de mutilados y mujeres enlutadas, el viaje la entristeció aún más. Aquella multitud de soldados en todos los trenes y en todas las estaciones; todos callados, desalenta-

dos, con huellas de cansancio; los uniformes sucios; tan distintos ahora de los soldados de los primeros días que iban cantando la Marsellesa, animados y contentos como si la primera estación del camino fuese Berlín.

Había en todas las estaciones un departamento de la Cruz Roja, para prestar auxilios á los heridos. Allí acudían muchos de los que viajaban y llevaban aún las huellas de su enfermedad visibles en los rostros pálidos, en las piernas que no los sostenían al andar, en los brazos en cabestrillo, ó en



los semblantes desfigurados. Siempre las damas de la Cruz Roja los esperaban vigilantes y solícitas para prestarles consuelos.

Experimentaba como una especie de celos de aquellas mujeres. Casi todas eran bellas y jóvenes; les prestaba juventud, las embellecía, el encanto de sus tocas; aquella mezcla de azul y blanco dulce y prometedor. Eran como las amadas de todos los heridos. Acaso una de aquellas le podría prestar socorros á su marido cuando á ella no le fuese posible estar á su lado. Debían las mujeres seguir en las guerras modernas los ejércitos, del mismo modo que seguían en la antigüedad á los combatientes. No se daba cuenta de que pocas, á ser posible, hubieran tenido fuerzas y abnegación para ello. Cada herido, cada mutilado, le producía un sentimiento de temor, al par que de piedad; temor de ver así algún día á su Luis; pues quizás ellos, tan pálidos y extenuados ahora, habrían estado tan llenos de salud y vigor como su marido.

Veía en algunas estaciones batallones de soldados ingleses, muy ocupados en lavarse en las fuentes públicas y en cepillar sus trajes y dar brillo á los dorados, con la misma pulcritud que si fuesen á asistir á una revista de corte. Le parecían más contentos que los franceses.

No podía librarse de un movimiento de piedad á la vista de los prisioneros alemanes. Parecía que la condición de prisioneros borraba la nacionalidad. Quería recordar todos los crímenes que se les achacaban, quería odiarlos por que ellos amenazaban los afectos que le eran más caros, deseaba recordar para maldecirlos aquella barbarie con que internaban en Alemania á todas las niñas y las jóvenes francesas; pero no podía ver más que la parte conmovedora del prisionero en aquellos hombres altos, callados, que pasaban tan resignados y como desdeñosos entre las bayonetas francesas: La maldita guerra que manchaba de sangre las manos de todos los hombres.

Los trenes, faltos de carbón, no hacían con regularidad su servicio; tuvieron que pasar toda la noche, mezdados todos los pasajeros, en una inmundicia salta de la estación de Tarascón, alrededor de una estufa medio apagada, pisando un suelo fangoso y respirando una atmósfera pesante, con olor á ropas sucias y a sudor.

Nadie hablaba de nada, desconfiaban unos de otros, aquel letrero repetido "Desconfiad, oídos enemigos os escuchan", parecía separarlos. Por la mañana fué el asalto brutal al tren para coger un puesto; ella tuvo que llevar su maleta; confianza, galantería, bienestar, todo parecía desaparecido del mundo. Al arrancar escuchó las invectivas que se cambiaban entre los viajeros que ofendían á los naturales pidiendo noticias de Tartarin, ese tipo formado por Daudet recogiendo toda la fanfarronería regional y las respuestas indignadas de ellos.

Desde Marsella en adelante, el cielo y la tierra parecían más clementes. Subían á los coches de tercera muchos marineros, y como no cabían en ellos, se llenaron también los vagones de segunda y primera clase. En su departamento entraron dos, los dos jóvenes, de grandes ojos oscuros y de ese aspecto simpático que da el uniforme de mariná; permanecieron todo el camino callados y respetuo-

sos, escuchando como ella los cantos que salían de los otros vagones, donde iban los italianos, residentes en Francia, que deseaban unirse al ejército de su país y cantaban y alborotaban con su carácter comunicativo y ruidoso.

## "La biondina Marietta".

En Tolón se oyó un toque militar de corneta, un toque viril, que hizo latir su corazón con esa alegría que el metal de las cornetas transmite al corazón y parece que acelera su marcha.

Entre los que corrieron á la llamada iban los dos marineros, que se quitaron la gorra para saludarla al partir. Los siguió con los ojos y los vio llegar á incorporarse con los otros que formaban filas en la explanada frente á la estación. No había hablado ni una palabra con ellos y sintió oprimirse el corazón al verlos marchar. Sin duda iban á embarcarse, á buscar la muerte. Dejarían detrás de ellos, en otras almas de mujer, el inmenso desconsuelo que había sentido tanto tiempo en su alma. Era una crueldad exponer así aquellas vidas lozanas, exuberantes, llenas de promesas y de amor. Siguió con los ojos fijos en ellos hasta que el tren, alejándose, le hizo perderlos de vista.

## II

### SÁBADO: LA ESPERA

¡Niza!... Al fin llegaba, después de tan fatigoso camino. Un mozo de estación *reformé* tomó su maleta y ella ordenó:

—Hotel Niza.

—No existe ya, señora.

—¿Cómo?

—Está convertido en hospital de sangre.

—Grand Hotel, entonces.

—También es hospital.

—Hotel... Cimiez—añadió después de dudar un rato.

—Está cerrado.

Fué preciso ir á un hotel elegido por el portador, y encontraron tomadas todas las habitaciones. Se contentó con un hotel de tercer orden, donde halló alojamiento en una estancia alta, fría. Tocó los tubos de calefacción.

—No se enciende, señora, por la escasez de carbón.

—Bien. ¿Me podrá traer una poca agua caliente?

—No se enciende la cocina.

—¿No se come aquí?

—No, señora, está cerrado el restaurante.

La repercusión de la guerra, sus efectos en toda la parte civil, era espantosa, lo dificultaba todo.

Tan pronto como se limpió el polvo del camino se lanzó á la calle. Aquella *Avenida de la Gare* te-

nia su aspecto coquetón de siempre, la animación de sus escaparates de flores preciosas y de frutas sin rival en el mundo; las obras de arte, las piedras preciosas y los objetos de lujo, propios de la ciudad que parece no conocer la pena. Estaban allí los mismos almacenes de modas, tan repletos que parecían grandes cajas de las que se escapan encajes y trapos según invadían las aceras. Cinemas y teatros dejaban oír sus timbres y los restaurantes y cafés ofrecían sus anuncios pomposos; sin embargo, todo le parecía desanimado: los Hall de *Le Petite Niçois* y de *L'Éclair* le causaban una emoción tan fuerte que borraba las demás.

Se paraba la gente frente á los transparentes para leer los telegramas de la guerra. Unos telegramas que ella no leía porque á fuerza de repetir las mismas cosas le parecían siempre el mismo. Dentro de los Halls estaban los grandes mapas, con la gruesa línea negra que señalaba el brutal pisotón germano, que había clavado su tacón en el cuerpo de la Francia y permanecía allí, como una espina que era necesario arrancar.

Toda una pared cubierta de fotografías, adornadas de flores, como un homenaje á los soldados muertos, daba un aspecto de crematorio á aquel lugar. Eran todos los muertos jóvenes, con aspecto de salud, con aire de felicidad. Se habían segado los mejores frutos de la patria, toda una generación fuerte y robusta. A muchos de aquellos retratos les hallaba ella parecido con Luis. Unos por influencia del uniforme, otros por un rasgo de la mirada, de los labios. En algún momento se acercó conmovida á leer un letrero "Armando Vogirad, muerto heroicamente en el Marne, á los 21 años". Y al respirar egoísta, con la felicidad de no ser el que ella amaba el muerto, le quedaba en el alma el dolor de aquel desconocido.

En un escaparate se veían objetos de madera primitivos, sencillos, hechos por los internados franceses, que se vendían como recuerdo de la guerra. En el otro escaparate, una ración ridícula de lo que comía al día el soldado alemán. Un pedazo de pan de K K cuya vista parecía consolar á las gentes de aquel pan suyo, tan duro y tan empajazado, que sustituía al famoso pan francés. Todo lo demás de la ración era un engaño, daba la idea de que los hombres que se alimentaban con aquello se caerían al primer empuje de un chiquillo.

Siguió su camino hacia el Jardín Público. Estaba desanimado, en casi todos los bancos soldados, en la parte alta, toda destinada á los heridos, se paseaban una multitud de hombres pálidos, mutilados, unos apoyándose en las muletas, otros con los brazos en cabestrillo; algunos ostentaban en los rostros terribles cicatrices, ó bien se veía que era el suyo un rostro artificial, de una expresión fría, rostro de muñeco, recompuesto, con aquellas piezas admirables, última palabra de la ciencia, pero que no llegaban á dar jamás la sensación real de la vida.

Cuando llegó á la *Promenade des Anglais* se detuvo. Allí florecía Niza, la Niza de siempre, por el milagro de su sol y de su mar. A primera vista toda aquella multitud que paseaba con sus vestidos elegantes, sus sombrillas de colores, conver-

sando en animados grupos, daba la sensación de una felicidad completa, de que allí no llegaba la convulsión de la guerra.

Pero luego, al fijarse, se notaba algo que no era habitual; tanto uniforme azul de soldado, tanto luto; luto de moda, luto de crespones flotantes, de trajes firmados por grandes modistos, luto cuya ostentación y coquetería no revelaba ciertamente el dolor, pero luto al fin. Un signo de una vida desaparecida en plena juventud, porque al ver aquellas graciosas mujeres, se tenía idea de muertos jóvenes. No daban la sensación los muertos de esta guerra de hijos, daban la sensación de amantes. Se pensaba más en las viudas que en las madres. No estaban allí tampoco los tipos de siempre. No se veía la multitud de ingleses, alemanes, americanos y rusos que formaban la mayoría; faltaban muchas de todas aquellas personas que componían la sociedad cosmopolita, que viaja siempre y que se da citas en Trouville, en Monte Carlo, en Túnez ó en Egipto. Ahora, excepto las que formaban la colonia extranjera de París, que iba allí para escapar de los rigores del invierno, eran todos franceses en su mayoría. Viudas que necesitaban aliviar su dolor y recobrar su salud; heridos convalecientes en busca de las dulzuras del clima. Se veían soldados permisionarios, ingleses y rusos; no faltaban irlandeses con su falda sobre el pantalón corto, que les daba un aspecto femenino; ni negros senegaleses, ó indios de piel roja, á cuyo lado daba siempre miedo pasar, porque parecía que los instintos podían recobrar en ellos su imperio, para volverse y herir. Había algo de siniestro en el blancor de luz con que los dientes y los ojos subrayaban lo cobrizo y atezado de la piel. Era como una blancura de abismo la de aquellas miradas hambrientas ó vagas, que causaban escalofrío.

Ella se retiró hacia el palacio de la *Jetée Promenade*, que avanzaba en el mar, y desde allí se volvió á contemplar la ciudad, vestida de sol, engalanada de sol, que hacía valer la guirnalda de grandes hoteles, lindas villas y pintorescos jardines tendidos en forma de anfiteatro á la orilla del mar.

Parecía la ciudad del placer, la ciudad del bienestar, la ciudad de la molicie, tan elegante, tan distinguida, tan apacible. Una ciudad en la que no había pobreza ni dolor, á no ser el dolor suave de los tuberculosos, que prolongan allí su vida y sus ensueños. A la derecha el promontorio del Castillo, ponía la nota insustituible de sus palmeras, el encanto mágico que la palmera da al paisaje, que ella sola hace tropical; al fondo los montes violeta de los Alpes, y á la derecha aquella población de colinas floridas y casas alegres, que iban descendiendo hasta el Cabo.

En frente y á sus pies el mar. ¡El mar! Aquella inmensidad que se tendía serena, mansa, con aquel color tan limpio, reflejando el cielo en su calma, con el agua inmóvil, brillante de sol, formando escaumas plateadas y tomando cerca de la costa las tonalidades de cobalto ó las orlas de nácar rizada de las espumas que subrayaban las rocas.

Las nubecillas que pasaban sobre ellas parecían como islitas violeta que se deshojaban en el fondo. Aquella extensión de cielo y de mar borraba la

gente y las costas, en una sensación de infinito que hacía palpar su corazón más deprisa; se dilataba la nariz, se abrían los poros, era algo como si quisiera mezclarse, confundirse, perderse en el aire, el mar, el cielo y el sol.

Una voz á su lado le produjo un sacudimiento semejante al de un despertar brusco.

—¿Usted aquí, Fernanda?

Un caballero rubio, de barba rala y pómulos prominentes, estaba á su lado.

—Qué suerte haberla visto—siguió él.—¿Cuándo ha llegado usted? ¿Y Luis?

—Debe llegar mañana.

—¿Cómo?

crea, Fernanda, que no hay nada tan respetable como nuestros corazones. Todo lo que son ideas no puede jamás llegar á tener la fuerza de uno solo de nuestros sentimientos. El héroe que más admiro es Román Roland sabiendo sostener su integridad frente á todo... hasta frente á la impopularidad.

Fernanda se sentía molesta. El cinismo de aquel hombre la disgustaba siempre, con tanto más motivo cuando ella no podía seguirlo bien en sus abstracciones y en sus ideas.

Por fortuna, un grupo de damas que entraba los distrajo.

—La señora de Abreu, la señorita de Sampetrier... ¿Usted las conoce? ¿Verdad?... Venga us-



• —Permisionario. Viene de las trincheras, de Verdum.

—¡Ah! entonces es de la aristocracia de los héroes, porque ya sabe usted que una de las ilusiones de nuestros soldados es haber estado en Verdum.

—Luis no ha pretendido nada, se limitó á cumplir su deber. ¿Y usted?

—Yo soy viejo, amiga mía, ahora ya no se puede disimular la edad, porque hay que estar en la línea de fuego ó pasar por viejo... á menos que lo tachen de *Emboscado* ó *Ennichado* como dicen nuestros amigos portugueses.

—No le hacía á usted esa ofensa.

—¿Ofensa? No. Yo no soy patriota en el sentido que se da á esa palabra. Si fuese un peral ó un manzano sujeto á tierra por la raíz que bebe su jugo, comprendo que el haber nacido en un lugar me ligase á él fatalmente, pero conseguida la libertad de moverme, mi patria está en todas partes.

—Si, Gastón, pero ahora que la Francia sufre...

—Me interesa sobre todo mi propio corazón...

ted, venga... En el salón encontrará á casi todas nuestras amigas de París.

La señora de Abreu era una dama alta, elegante, con el rostro fresco, rosado todo por igual, como teñido con un blanco de perlas recubierto de carmín desde la garganta, de un blancor mate, hacia arriba. La cabellera blanca toda, muy luciente, muy de plata, sobre el rosa de la cara le daba el aspecto de una cabeza cortada; algo de cabeza de maniquí á no ser por los ojos, llenos de juventud, de luz y de vida; de un azul vago de pervinca marchita.

La señorita Herminia Sampetrier era pequeña, menuda, de faz sonriente y vivaz y cabellos color de hoja muerta, que se escapaban debajo de la gorrilla de tricó inglés, que formaba juego con su traje, de un matiz verde intenso.

Las dos vinieron hacia ella, y mientras la saludaban se fijaban en sus ropas, en sus joyas, como si quisieran cerciorarse de que la guerra no le había hecho cambiar nada.

—Esta noche nos pertenece—exclamó la señora Abreu, cuando se hubo enterado de la llegada de Luis.—Iremos todas á recibir al héroe. Hay que dejarse de preocupaciones. La victoria alborea en el horizonte francés. Avanzamos.

Fernanda tuvo una sonrisa al ver la parte que la buena señora tomaba en la gloria de su nación. Era corriente aquel plural en el que se incluían todos para el reparto, aunque no tomasen parte en el esfuerzo. Quiso disculparse. Le parecía que necesitaba cierto recogimiento para esperar á su marido y que éste no la hallase llena de cosas frívolas, pero las dos amigas insistieron.

—Nos reunimos en casa de la Princesa Margarita, esta noche hay concierto... lo pasaremos bien...

—Pero si viene cansado.

—No lo crea. Este ambiente le agrada, le resarcirá de los malos ratos de las trincheras.

Aquellas razones convencieron á Fernanda, y entró con sus amigas en aquel gran salón de la *Jetéé*, que parecía el camarote de un vapor en marcha, no sin mirar el reloj, impaciente, para ver las horas que faltaban para llegar su esposo.

### III

#### DOMINGO: LA LLEGADA

Le costó trabajo á Luis distinguirla entre aquel grupo de mujeres que se dirigían al vagón. El hubiera querido verla llegar sola, poder echarse en sus brazos desde el primer momento, estrecharla y darle todos aquellos besos llenos de pasión y de deseo que había respetado la muerte, para devolverse los. Sin embargo, la vista de sus amigas mitigó su disgusto, y besó casi con el mismo deleite que la mano de su mujer, todas aquellas manecitas que se le tendían. La manecita regordeta, llena de hoyuelos, de Herminia; la mano vieja de la señora Abreu, tan en contraste con la juventud de su rostro como la cabellera blanca, que descubría la mentira de haber tenido aquellas canas desde los quince años; la mano larga y delgada de Josefina, que temblaba siempre al tocarla y tenía un calor dulce y agradable para responder á la presión de los labios; la mano exageradamente pintada, de uñas duras, miniadas, y recomidas por la punta, apesar de su brillantez, de Adelina; la mano inocente, blanda, sin expresión de Martita; la mano aristocrática, tersa, expresiva, mano sabia de Reneé, la mano mantecosa y sudorosa de la esposa del banquero Franson, la mano adorante, pura, de plegaria, de la marquesita italiana, que era mano de experiencia y sufrimiento; la mano húmeda, falsa, de Isabel, que permanecía siempre indiferente y viscosa; y la mano enérgica, denotando temperamento varonil, de Blanca. Todas estaban perfumadas:

benjuí lavanda, violeta, era como un banquete de rosas de carne, que á pesar de sus diferentes aromas hacían predominar su olor de carne, carne cuidada, carne de placer y refinamiento.

Detrás del grupo de aquellas diez mujeres, aparecían los caballeros, varios con uniforme de soldados, otros denotando en el traje la extranjería; el Sr. Abreu con sus grandes bigotes grises; el banquero Franson con su gran barriga, como si fuese su caja de caudales; Gastón con el aspecto cínico y falso de la barba rala, y, destacándose sobre todos un hombrachón de más de dos metros de alto, grueso, con la melena de león y las facciones abultadas, como si en una fotografía le hubiesen acercado la máquina demasiado; la boca enorme de labios abultados, los ojos grandes con los párpados espesos y carnosos, las mejillas enormes, prominente la barba. Más que un hombre parecía una ampliación de hombre.

Fernanda lo presentó á su marido que, á pesar de su estatura alta y bien proporcionada, tuvo que empujarse para saludarlo. Todos los hombres se creían pequeños cerca de él y tenían el miedo de parecerles también insignificantes, en la comparación, á las mujeres.

—El Sr. Roberts, escultor peruano—dijo ella.

—Un escultor—pensó mientras saludaba Luis.—Bien puede esculpir á puñetazos,—y sintió un movimiento de celos, de antipatía hacia el gigante.

Este se había inclinado y le devolvía el saludo con una voz débil, meliflua, que parecía de otro hombre, cuyo eco se perdía en las carnosidades de su cuello de toro.

La expresión estaba de acuerdo con la voz. En aquellas facciones abultadas había algo de tierno, de infantil y suave, algo que convertía en gato al león.

—Todos preguntaban á Luis por su viaje. Todos le asediaban pidiéndole noticias; las más expresivas eran las mujeres; sin duda ellas sufrían á sugestión de aquel hombre joven, bello, de semblante atezado, cuyo uniforme azul tenía olor al polvo de las trincheras de la pólvora y de la sangre.

—¿Trae usted anillos hechos con obuses?—preguntaba una.

—Sí, señorita.

—Yo lo que quisiera era una flor de los campos de Verdum—dijo Herminia.—Deben ser fores casi humanas, regadas con sangre, y quién sale si formadas de carne y alma.

—Yo traigo varias y se la podré ofrecer.

—Si usted hubiera pasado por Reims—suspiró la italiana.—Deseo hacerme un pendentif con una de esas piedras sagradas... Si pudiera ser con un pedazo de vitral.

—Sobre todo—agregó la señora Franson—así se sabría que era auténtico. Se venden por toneladas todas esas reliquias. Es como la cruz de San Dimas ó los catorce brazos de San Juan.

Habían tenido que detenerse porque no dejaban á nadie salir de la estación mientras no se evacuase á los heridos, que llenaban los vagones. Un cordón de soldados formaba el cuadro y aislaba el lugar por donde tenían que pasar. Iban en camillas, cubiertas, que se depositaban en los tranvías eléctricos destinados á transportarlos al hospital.

\*\*

fondo de aquellas camillas salían ayes y quejas de dolor.

—Algunos vienen muy malitos—dijo Luis.—Han pasado un camino terrible, sin cesar de pedir agua. Es como si el agua pudiese sustituir á la sangre. Los acomete una sed terrible.

—Pobrecillos—murmuró Gastón,—gracias que aunque pierdan la salud y la vida los consuela el ser héroes ó el ganar una cinta roja. Verdaderamente el patriotismo es una gran cosa.

#### IV

##### LUNES: CELOS

No habíar tenido ni un momento de intimidad. En cuanto Luis se cambió de traje fueron todos á la velada que ofrecía la Princesa Margarita, en el modesto saloncito de la casa de huéspedes donde se hospedaba.

Era la segundona de una rama destronada, que no gozaba del mejor crédito en la sociedad gracias á las locuras de todos sus miembros y quizás á la mala suerte con que esas locuras, en vez de favorecerlos, los habían arruinado. Sin embargo, no faltaban gentes de aquella sociedad cosmopolita que gustaban de agruparse en torno suyo. Al fin y al cabo corría sangre real por sus venas y podía llamar prima á una reina. Aquellas personas le daban siempre tratamiento de *Alteza* y al hablar de ella no dejaban de decir *la Princesa*, para darle mayor valor á la categoría con que se ennoblecían ellos.

Doña Margarita no era ya muy joven, pero se conservaba frescachona, gracias quizás á haber engruesado un poco, con esa obesidad protectora contra la cual se vuelven las mujeres sin darse cuenta de que á ella le tienen que agradecer la tersura y la juventud del rostro, esa segunda belleza del diablo, que subsiste aún después del *empastamiento* de las líneas, quizás más provocativas por eso mismo.

De una vida pasional, como casi toda su real familia, doña Margarita tenía cuatro hijos naturales, que había criado y reconocido y á los cuales mantenía á su lado, con un maternal gesto burgués, que causaba el escándalo de todos sus parientes. ¡Si á lo menos hubiera sido casada! No se exigía una moral excesiva sino algo que cubriera las apariencias. Su madre y sus hermanas mayores le habían ofrecido el perdón y el olvido á cambio de un poco de disimulo; para lo cual debía enviar sus hijos á un colegio de Londres, y no ocuparse más de ellos, pero doña Margarita se había negado con un gesto trágico, que le valía el aplauso de todas sus amigas, aunque la colocaban en difícil situación económica, porque sus parientes cercanos se habían desentendido de ella y la rama reinante no quería ni oír pronunciar su nombre. Sólo una Princesa de la

familia, había tolerado su trato, pero doña Margarita se había ofendido con ella á causa de sus consejos.

—Pero, mujer,—le había dicho la Princesa—comprende que nuestros parientes tienen razón; si te hubieras casado... ó no pudieras atribuirte más que un desliz... hasta un hijo... ¡Pero cuatro!

Y doña Margarita bajando tímidamente la voz le había respondido.

—Señora, es que los he tenido sólo en dos partos...

Ahora Roberto, el gigante, era su amigo íntimo; una especie de secretario, de representante, que se ocupaba en sus asuntos. Herminia decía que era su protector, pero como no tenía fortuna y vivía de lo que ganaba con sus esculturas, Fernanda le preguntó.

—¿En qué la protege?

Y la otra contestó muy seria.

—Le lleva á empeñar las joyas.

En efecto, la pobre doña Margarita veía cada vez la miseria más cercana, sin saber de qué manera conjurarla. Iba de hotel en hotel, rodando por todos los más modestos, siempre con los hijos al lado, ya grandullones, que no se ocupaban en nada. Todos ellos tenían el sello de la raza materna, y quizás soñaban con hazañas extraordinarias de esas que llevan hasta un trono á los bastardos de sangre real. La madre pensaba en la rica heredera norteamericana que quisiera cambiar su apellido vulgar por aquel apellido de sus hijos, uno de los más brillantes y linajudos del Gottha.

Con esa esperanza se iba manteniendo de la venta de sus bienes y sus joyas, y seguía relacionándose con toda aquella sociedad que le formaba su pequeña corte, entre la que se sentía satisfecha, donde la llamaban *Alteza*, y que era la que le había de servir para sus planes futuros.

Luis, que hubiera querido estar á solas con su esposa, tuvo que someterse á ser arrastrado en el torbellino de sus amigos y aburrirse en el ambiente de falsa ceremonia con que todos, de común acuerdo, rodeaban á doña Margarita.

Se hizo música á ratos, pero música francesa, italiana y española. Si cualquier pianista se hubiera atrevido á tocar Beethoven ó Bach se hubieran indignado. Solamente protestó Gastón.

—El arte no tiene patria y es absurdo declararle este *boycot*—declaró—. Yo preferiré siempre la música alemana, la pintura italiana y los vinos franceses.

Era el único á quien se le consentían aquellas cosas. La marquesita italiana, vestida con flotantes gasas negras y adornada con lirios morados, se acercó al piano y con sus brazos huesudos y sus manos orantes, acompañó la magia de la voz de sollozo con que cantó algunas sentimentales canciones de su país.

Roberto llevó á Luis á la pieza en donde tenía su estudio provisional y le mostró los bustos-retratos, en que se ocupaba. Damas aristocráticas que gustaban de ser esculpidas por él. Entre los trabajos había varios bustos de doña Margarita, ya de perfil ya de frente, con el cabello tendido románticamente ó con corona real sobre la cabeza. En un proyecto de monumento se la veía simbo-

lizando la maternidad, cubriendo con su manto los cuatro ilustres vástagos.

Fernanda fué á buscar á su marido.

—Mira—observó.—Estos retratos de D. Roberto están pintados por mujeres. Este por una princesa rusa, auténtica, y este otro por una Lady enamorada. Miralo qué guapo está.

El gigante no dió las gracias por la lisonja y tomó un candelabro para iluminar bien los lienzos que lo representaban. En el primero aparecía en un jardín, sentado en un banco, con un libro abierto sobre la rodilla y un ramo de rosas, que miraba melancólico en la mano. En el segundo aparecía en su taller, medio tendido en el diván, entre pieles y brocados preciosos, rodeado de amorcillos que salían de las telas. Se veía bien el cariño que aquellas mujeres habían puesto en sus pinturas. El, como si quisiera que Luis viese que eran bonitas abrió un álbum de fotografías para mostrárselas. Como siempre, la primera era doña Margarita, haciendo alarde de su culto por ella. Luis lo hojeó de prisa, deseando ver si estaba allí el retrato de Fernanda...

Sin saber por qué se sentía celoso de aquel hombre, que le parecía como el enamorado de todas las bellas mujeres que le mostraba en las fotografías: Bellezas célebres, artistas, las mujeres más hermosas le habían dedicado retratos apasionados, los más íntimos, los de desnudos más atrevidos. Estaba molesto, contrariado por aquella nueva amistad.

El gigante parecía no darse cuenta de su impresión, y le seguía mostrando los retratos, con un tono confidencial, diciéndole los nombres de todas aquellas mujeres.

—Esta es una norteamericana... pobrecita... ya murió... la quise mucho.

—Esta vestida de napolitana se ha casado con un millonario chileno.

—Esta que parece un muchachito es la duquesa de Cerbere, gustaba siempre de retratarse con traje de hombre... Una gran deportista... mírela aquí de amazona... aquí en su yacht.

—La pobre Leonor Martell... que ha perdido la voz.

—La bailarina india Maga Nabi bailando la danza sagrada en una Pagoda.

Cuando Roberto iba á volver la hoja, Luis lo detuvo, le había llamado la atención una bella rubia de ojos negros.

—¿Quién es?

—La esposa de León Demote... mejor dicho, la viuda..., pues su marido ha muerto en el Somme.

—Es una colección de bellezas soberbias—dijo Fernanda, que seguía curiosa la exhibición.

—No completa aún, porque me falta el retrato de usted.

Luis se estremeció, le contrariaba la idea de ver el retrato de su mujer en aquel álbum. Acaso era todo aquello una escena preparada... Acaso algún día dirían también.

—“Viuda, su esposo murió en el frente...”

Este pensamiento que no se le había ocurrido en los momentos de más peligro, venía á martirizarlo ahora.

El gigante había dejado el libro sobre otro lujosamente encuadernado.

—Otro día le enseñaré éste—le dijo confidencial.—Cuando estemos solos...

Aquel aire de conquistador acabó de provocar la indignación de Luis.

De buena gana se hubiera marchado pretestando su cansancio, pero el temor de parecer ridículo le hacía disimular.

Tuvo que alternar hasta el fin de la reunión, que le hicieron agradable todas las señoras, acudiendo cerca de él á preguntarle impresiones de la batalla.

Doña Margarita le hizo sentar á su lado, deseosa de saber particularidades de la vida en campaña.

—Indudablemente saben ustedes aquí ce la guerra más que nosotros, Alteza. Merced á los periódicos se abarca desde lejos todo el gran escenario de la lucha; los soldados no vemos nada, no leemos nada, no sabemos nada. Estamos enterrados en esas trincheras que un día pueden convertirse en verdaderas sepulturas por una nube de metralla que llega sin ver de dónde sale. La guerra moderna ha perdido en poesía lo que ha ganado en grandeza.

La sencilla descripción impresionó á todos los oyentes, quizás les daba más idea de la guerra y del sacrificio de aquellos hombres que todos los relatos épicos. El héroe aparecía así entonces frente al cañón con toda su pobreza, su insignificancia, su miseria.

Tal vez el soplo de tristeza y malestar que invadió á todos contribuyó á abreviar la velada.

Cuando se encontraron solos en el cuarto de su hotel, Fernanda corrió hacia su marido con los brazos tendidos. El la detuvo con su gesto.

—No te molestes..., es tarde..., debemos dormir.

Se detuvo desencantada. ¿Qué era aquello? ¿Acaso no la quería ya?

Sintió tal despecho que se retiró sin decir palabra, abrió el balcón y se acodó sobre el barandal. La ciudad estaba oscura, triste, y el mar rebramaba rompiendo sus olas en la playa con un ruido siniestro. Como si hubiera de avanzar sobre la tierra. Dos lágrimas cayeron de sus ojos. ¿Valía la pena de haber sufrido tanto por él para eso? Lo oía desnudarse y no tardó en escuchar el ruido de la cama, en la que se revolvía sin cesar. Al cabo de un rato la llamó.

—Fernanda.

No se movió ella.

—Fernanda... no sé qué decirte... no quiero verte así... ese silencio me dice que no me engaña mi sospecha... siento ganas de insultarte.

—¿Tu sospecha?

Entonces él se lo confesó todo. Tenía celos, celos de que ella no hubiera tenido deseos de su intimidad, celos del gigante, de aquel hombre extraordinario que debía ser amado por todas las mujeres.

Pero Fernanda, que lo había escuchado silenciosa, dolida de su injusticia, quejosa, no pudo reprimir una carcajada que lo desconcertó.

—¿De qué ríes?

—¡Es gracioso! ¿Sabes? ¿No lo habías notado? Já, já...

—¿Pero?...

—Roberto no es un gigante... es... una gigante. Entonces él recordó, y á pesar del ridículo en que se veía envuelto á los ojos de su mujer, rió también. Eso que convence tanto los celos lo tranquilizó y trató de borrar con sus besos y sus caricias la mala impresión de Fernanda.

## V

### MARTES: MONTE-CARLO

Fueron ellos los últimos que llegaron á la cita que se habían dado en Monte-Carlo todos los contentulios de la víspera. En vez de ir en el tren quisieron ir en el tranvía para gozar toda aquella visión encantada de la Ribera, tan bella siempre que volvían á contemplarla como si la viesan por primera vez.

Ya era Fernanda la que llamaba la atención de su compañero ó ya era Luis el que le hacía admirar á su mujer un ideal punto de vista en todo aquel camino donde, entre los acantilados y las rocas, se encuentra un árbol en el más pequeño rincón; las palmeras, con el tronco revestido de yedra, los naranjos y los rosales crecen en todas partes; en las verjas se enredan las campanillas azules y los jazmines tejen guirnalda á las tapias. Se veía el trabajo con que generaciones enteras pensaran en embellecer la tierra. Pasaron Villefranche, donde se hacía más agudo ahora el recuerdo de aquellos soldados de Napoleón, los célebres Cazadores de los Alpes, que tienen allí su cuartel.

Toda la guirnalda del camino estaba formada por villas de reyes, príncipes y millonarios. La antigua residencia de Leopoldo II, la que habitó el Kaiser, la de los emperadores de Rusia, como si aquel fuera sólo un pueblo de soberanos.

Pasado Beaulieu el paisaje lucía su original contraste de árboles de un verde negruzco sobre las rocas blancas. Algunos árboles, sin blandura para ahoncar sus raíces, las extendían por cima de la roca, como colosales garras aferradas á la tierra, mientras sus troncos completamente tendidos se inclinaban sobre el mar, recreándose en las ondas.

Más allá del Cabo de Ail surgía la roca de Mónaco, el antiguo pedestal de Melkarh, ese pobre Dios fenicio cuyo recuerdo se ha perdido, y que tuvo sus altares en Cádiz y Mónaco. El castillo ostentaba ahora su batería de cañones, mirando al mar, aunque la belleza de aquel sitio no daba idea de la guerra, y parecían más bien preparadas para una salva ó un fuego de artificio en una fiesta triunfal. Al pie, como protegido por ellos, se veía el yatch *Princesa Alicia*, anclado y detenido en su admirable investigación científica por los horrores de la guerra. Pero daba la impresión de que la guerra se iba quedando atrás, que no llegaba hasta allí,

que el país del placer estaba construido sobre la cima de una roca donde no llegaba el dolor.

Había menos gente que de costumbre en el salón, pero era la gente de siempre. Las luces brillaban iluminando las columnas de ágata y de mármol, las pinturas y los dorados de aquel lujo fastuoso. Se advertía, como siempre, mayor concurrencia de mujeres que de hombres. Allí se desquitaban de la austeridad con que en Francia se habían suprimido las toilettes para ir al teatro y ofrecían al ir y venir una oleada de sedas, de gasas, un centelleo de joyas, un ambiente de perfumes. Entre los hombres había muchas venerables cabezas blancas ó calvas que se inclinaban sobre el tapete verde. Eran, sin embargo, ellos menos apasionados que las mujeres, las cuales, con pequeños libritos en la mano hacían cábalas, combinaciones, restas y sumas, para acertar en difíciles cálculos en qué número había de detenerse la loca ruleta. La Princesa estaba sentada frente á una mesa, teniendo á su espalda, como un muro que la aislaba de todos, al gigante, que seguía atento su juego. En frente de ella otra dama vieja, llena de cintas, de pieles, de encajes, con un sombrero de mil colores sobre la peluca, jugaba fuerte con una gran fortuna.

—Esa dama—dijo Gastón—es una institución, está siempre como clavada en su asiento; es la reliquia que queda de aquellos tiempos fabulosos en que venían aquí todos los herederos de los reyes americanos, los príncipes del cobre, del hierro y del tocino, que se gastaban en una noche lo que sus padres habían gastado la vida en reunir. Leopoldo II apuntaba á un mismo número el máximo, todas las jugadas y mientras se marchaba al teatro, ó á conversar con las artistas. Usted no nota el cambio de todo esto porque no está tan habituada.

Se constituyó en el caballero de Fernanda para molestarla explicándole los misterios del juego, el mecanismo interior de todo aquello, que constituía allí una función sagrada, pues nadie pagaba contribuciones y todo vivía del juego, de cuyas ganancias se abonaban los dos millones al príncipe y su renta al obispo encargado de bendecirlo.

—Verdad es—añadía Gastón—que todos los años hay un gran número de desdichados que se suicidan ó se arruinan, pero eso no se dice. Vea usted, la mayoría de esos caballeros de la legión de honor son grupiers que han ganado el célebre pleito en que se les quería prohibir su uso. Aquí ese empleo es tan honroso como cualquier otro, puede usted estar segura de que por cada dos personas de las que ve, hay un policía.

Sin darse cuenta del fastidio que le producía, el buen señor siguió contándole que se hacía el relevo de los grupiers, cómo el de una guardia regia, que se levantaba acta notarial cada vez que se terminaba ó se suspendía una partida; las precauciones para no poder quedar á oscuras, merced á un triple alumbrado; y el cuidado que tenían de prever un engaño, cambiando el cilindro todos los días y contrastando las barajas. Sin embargo de eso, había falsificaciones y sucesos ruidosos, de una audacia inconcebible.

A pesar de todas las precauciones no había faltado quien preparase una baraja con señales convenidas, para acertar las cartas; y el año último una

compañía italiana adivinó el defecto de los cilindros de la ruleta, notando hacia qué lado se inclinaba unos milímetros más, y logró hacer saltar la potente banca de la sociedad que encubre su nombre bajo la modesta denominación de "Sociedad de Baños de Mar y Círculo de Extranjeros", y que es una de las más poderosas del mundo.

—Porque de Enero á Enero—añadía Gastón—el dinero es del banquero. En sus buenos tiempos esto dejaba 50.000 duros libres todas las noches. No tiene usted más que ver con qué rigor se prohíbe que jueguen los habitantes del Principado. El honor de arruinarse se reserva sólo para los extranjeros. A los del país se les consiente sólo entrar aquí el día de San Alberto, es una invasión de gentes que sueñan con una rápida fortuna y acuden ansiosas de gozar el placer vedado. Pero adelantan los relojes y los echan á la calle apenas empezada la partida.

Fernanda apenas lo escuchaba. Luis se había separado de su lado casi en el momento de entrar y esta vez era ella la que experimentaba la molestia de aquella sociedad que le alejaba. Se creía ridículo al matrimonio que prescindía de los demás y ahora ella pensaba que lo ridículo era separarse, recordaba los momentos felices de soledad, hasta la intimidad de aquel viaje en tranvía; acaso ellos no tenían ya más que los cinco días que le quedaban de permiso y los derrochaban locamente, no tenían delante de sí esa cantidad de tiempo que á pesar de ser breve y limitada parece eterna por ignorar su límite.

Hábilmente guió á su acompañante para salir del salón de juego, donde al lado de la mesa, de pie, Herminia y su inseparable señora Abreu habían empezado á probar fortuna.

—Este juego tiene aquí algo de litúrgico—dijo Fernanda—que no me incita al placer de jugar. Me parece una oficina más bien que un salón.

—¡Oh! ¡Las mujeres! Siempre encontrarán en todo el encanto de lo prohibido. Me recuerda usted aquella dama romana que comiendo un delicioso pez decía: "Está tan excelente, que es lástima que no sea pecado el comerlo. Es lo único que le falta."

—Eso es exagerado, amigo mío, pero convendrá usted conmigo en que aquí no se siente la emoción del juego, en lo que tiene de divertido, de íntimo, de atrayente. Es como un negocio. A mí me asusta ver esos rostros sudorosos, descompuestos; esas expresiones de angustia, de los que se arruinan ante la indiferencia general. Aquí el juego no es diversión; es vicio ó codicia.

—Tal vez tenga usted razón, pero es usted demasiado joven para hablar de moral. Vea usted cómo vienen aquí á jugar sin avergonzarse, todos estos señores respetables, severos, que se creerían



deshonrados si entrasen en una casa de juego de su país. Este es un mundo superior al que no llegan ciertos prejuicios.

Mientras conversaban habían atravesado las salas de juego, dejando tras de sí aquellos grupos ansiosos, en torno de las mesas, y habían salido al hall. Allí estaban Josefina y René con la esposa del banquero Franson, junto á Blanca, que les leía los partes últimos, colocados en los transparentes, que hablaban de la guerra como una cosa lejana que tampoco podía llegar allí. Las noticias emocionantes de las batallas eran como una distracción más para los que no encontraban bastante aliciente en la emoción del juego.

—¿Ocurre algo importante?—preguntó ella alarmada.

—No—repuso Gastón.

—¿Ha leído usted esos partes?

—No es necesario; basta ver la cara de desencanto de los que leen para saber que no sucede ninguna catástrofe. Se retiran como defraudados y descontentos.

—¿Cree usted?

—Sí, creo que la mayor parte de las gentes son tan piadosas que desean, inconscientemente, que sucedan grandes desgracias por experimentar el doloroso placer de la compasión.

—No haga usted caso de Gastón—dijo Blanca, interrumpiendo su lectura, al ver á Fernanda, para acercarse á ella.—Se complace en decir todas esas

cosas terribles, con un escepticismo que seguramente no siente.

—¿Por qué cree usted eso?—preguntó él.

—Porque un escéptico no ama tanto la vida y procura amenizarla como usted lo hace. Siempre se le busca en los salones con la seguridad de hallarlo cerca de la mujer más bonita que haya. No sé cómo se las compone para acompañarlas á todas.

—Eso no es más que egoísmo de mi parte... deseo de despertar la envidia de los otros... y de las otras, á veces.

La alusión había sido tan clara, que Blanca enrojeció hasta la raíz del cabello. Fernanda no sabía qué decir.

—¿Han visto á mi marido?—preguntó.

—Hace poco entró en el Casino con Robert—dijo la esposa del banquero.

Aprovechó el pretexto para alejarse de allí y romper la situación embarazosa creada por Blanca.

Pero no debía ser verdadera la indicación de la señora Franson, porque el gigante estaba solo en una mesa, fumando tranquilamente su pipa. En un ángulo Martita y Adelina tomaban el té con unos jóvenes ingleses y un francés vestido de azul, que al pronto le pareció su marido por la semejanza que establecía entre todos el uniforme.

—¿Quiere usted tomar algo?—preguntó Gastón.

—No, gracias, deseo reunirme con Luis.

—Si usted quiere yo lo buscaré—dijo Gastón,—así verá usted que no soy tan egoísta y que procuro la felicidad de mis amigos.

Robert se había levantado para ofrecerle un sitio en su mesa, pero Fernanda guardaba al gigante ese rencor que suelen guardar las mujeres al que ha despertado los celos del que aman, y ha sido causa, aunque inocente, de su disgusto.

—Voy á aprovechar los momentos para ir á la Biblioteca á escribir unas cartas—dijo.

Saludó á sus amigos y se dirigió presurosa hacia aquel lugar, donde tenía la certeza de poder hallar á su marido, porque había registrado con los ojos todas las otras estancias y tenía seguridad de que no estaba en ellas. Leyendo, cerca de la entrada, descubrió á Isabel, con su aire de indiferencia por todo, y más allá á la Marquesita italiana, luciendo sobre la gasa gris de su vestido un maravilloso aderezo de topacios.

Al fondo, en uno de aquellos escritorios adosados á la pared, estaba Luis. ¿Qué escribiría? Decididamente ella estaba dispuesta á tener celos de todo. Pero Luis no escribía, conversaba con una mujer rubia vestida con un traje de terciopelo color violeta obscuro, y aderezo de azabaches. De su sombrero pendía sobre la espalda un velo de crespon violeta semejante á los velos de luto. Ella no la conocía; pero era una mujer joven, bella, originalmente vestida, muy elegante, con los ojos azul verdoso, el cabello rubio ceniza, que ponía la luz de una línea de nácar entre el rojo de los labios. Dudó entre sus celos y su dignidad ¿Debía irse ó acercarse? Luis la había visto y se levantó presuroso.

—Querida Fernanda, me alegro que vengas, quería presentarte á doña Juanita Ducas, la esposa de mi gran amigo Ducas, del que tanto te he hablado en mis cartas.

Parecía sincero, pero Juanita era demasiado be-

lla y sonreía demasiado obsequiosamente. Ella balbuceó.

—Es un placer... pero no hace apenas seis meses que tu amigo Ducas murió en un asalto.

—Sí... cayó á mi lado y murió como un héroe...

—Tal vez le admira á usted verme sin luto—atajó Juanita.—Obedezco á las órdenes de mi esposo. "El luto es duelo, me escribía, y el morir por la patria es un honor del que debes estar orgullosa. No te vistas de negro por mí".

Mientras hablaban habían salido de la sala, y aquella mujer se le cogía familiarmente del brazo; llamaba á su marido Luis y hacía uso de una familiaridad que la molestaba. Sin duda se creía unida á Luis por el lazo de la muerte de su marido. Fernanda notaba en ella una procacidad, una audacia que no le gustaba. Veía que aquella, como otras muchas viudas, no sentían el culto al héroe, y estaba demasiado dispuesta al consuelo.

Había en su voz como un acento falso, lleno de coquetería cuando encomiaba su dolor.

—No lo olvidaré... no podré olvidar nunca á mi pobre Armando... tan bueno, tan afectuoso... Sólo me consuela que se ha cubierto de gloria...

Luego con una transición brusca de gesto y de tono abrazó con un exagerado afecto á Fernanda.

—Cuánto celebro haber conocido á usted... Es preciso que nos queramos mucho... Como dos hermanas... Luis es ya un hermano... más que un hermano, para mí... ¡E! que ha ocupado mi lugar al lado de mi Armando moribundo!

Fernanda trataba de hallar una frase para contestarle, pero la viudita escapó corriendo á mirar un nuevo telegrama que acababa de aparecer en el hall. Ella aprovechó el momento para decirle á su marido con voz temblorosa.

—Quiero irme. ¿Sabes?

La miró Luis con sorpresa.

—¿Qué te sucede?

—Nada... yo me voy... si te quieres quedar puedes hacerlo. Te dejo consolando á la viudita de tu amigo.

El lanzó una carcajada al mismo tiempo que le estrechaba las manos, feliz del amor que sentía en sus celos.

—Pero, hija mía, si yo podría decirte como tú á mi ayer. No es una viuda, es un viudo.

—¿Cómo?

—Juanita fué siempre una esposa fiel para Ducas. Sólo el amor de sus amigas la conmovió. El lo sabía antes de casarse, pero la amó tanto que á pesar de todo quiso hacerla suya ¿quién sabe si esta tragedia influyó en su heroísmo?

—¿De modo?

—¿Ves á aquella señora de aspecto de pilluelo, que fuma allí su cigarrillo? Es una brasileña, viuda sin fortuna que en vez de dedicarse á los hombres se dedica á las mujeres. Tiene la especialidad de la explotación de viejas ricas, que se consuelan así del desamor de los hombres. Primero fué la amiga de una millonaria, después de una marquesa española, á la que ha abandonado por una baronesa, cuya fortuna compite con la de Rotchild.

—¿Pero es posible?

—Sí. La marquesa está enferma desde que la abandonó, pero ella no se preocupa más que de

Juanita, así las dos, que se aman apasionadamente, gozan de los coches y de los palacios de la baronesa. La brasileña está haciendo una galería de cuadros estupenda...

—¿Han leído ustedes?—interrumpió llegando de nuevo Juanita.—El Zar y su familia van á refugiarse á Inglaterra. Es el gran hotel de reyes destronados y de anarquistas. Lo malo sería si destronasen al rey de Inglaterra, porque él no podía vivir en ese hotel.

Mientras ella hablaba Fernanda la miraba curiosa, con esa curiosidad ma'sana que ciertas revelaciones despiertan, y esta vez era Luis el que se sentía molesto. Por fortuna Juanita reparó en la brasileña, que con las piernas cruzadas, y su aspecto entre femenino y picaresco, encendía un cigarro en la colilla del que acababa de apurar, y corrió á su lado, seguida de las miradas de todos, que arrasaba en pos suyo dejando al pasar como una ráfaga de luz, con su espléndida belleza exótica.

## VI

### MIÉRCOLES: RECONQUISTA

Los días sucesivos fueron un tormento para Fernanda. Tal vez se había casado sin tener un gran amor á su marido, sólo esa especie de simpatía más intensa que hace agradable la intimidad de otra persona, pero con un cariño suave, familiar, sin grandes convulsiones ni arrebatos de pasión ni de celos. Su mismo temor por los peligros á que estaba expuesta, su misma inquietud, no alcanzaba una grande intensidad. Era ahora, al volverlo á ver, cuando ella se empezaba á enamorar verdaderamente de su marido. Se le parecía otro, distinto de lo que había sido; más hombre, más fuerte, más interesante. Aquel aroma de peligro, aquella decisión del que ha jugado con la muerte le prestaban un encanto, un prestigio nuevo. Era tal vez aquella ropa azul la que la sugestionaba. Sentía un amor vehementemente que jamás había sentido entonces.

Pero su mismo amor la asustaba. ¿Sería un presentimiento de lo breve de su dicha? Ahora la idea del alejamiento y del peligro de Luis se le tornaba insoportable. Había más crueldad en dejar gozar aquel relámpago de felicidad. Aquellos siete días se tornaban de un martirio cruel.

En cambio Luis parecía menos unido á ella. Era en él también la obsesión, la sugestión de los siete días lo que cambiaba su vida. Le parecía que tenía que derrochar en tan poco tiempo toda su ansia de vida, todo el caudal que hubiera podido ir gastando poco á poco, y que estaba obligado á dilapidar en tan pocos días.

Por eso era él quien constantemente tenía en movimiento á todo aquel círculo que los rodeaba. Iban como una gran tribu reunidos á todas partes. Ex-

curSIONES á las grutas próximas, á las arenas de Limies, paseos románticos que le hubieran encantado á solas con él y que efectuaban con aquel atolondramiento, propio de la numerosa reunión, de la que no podían librarse. En cuanto aparecía uno de los visitantes era el anuncio de todos los demás que iban surgiendo, uno á uno como por arte de magia.

Luis se daba á todos, se entregaba á todos. Tan pronto iba con él gigante á admirar sus obras de arte y sus retratos de mujeres extrañas y de efectos, como acompañaba á la marquesita en sus delirios de artista refinada, ó flirtaba con la señora de Abreu. Todas tenían para él un encanto. Lo mismo se prendaba de la melancolía de la marquesita que del sabor á fruta madura y exótica de la señora Abreu; con su aspecto de cabeza cortada y muerta sobre un cuerpo vivo y palpitante. Lo atraía el misterio pasional de la Princesa; la elegancia delicada de Renéé, la frialdad de Marta, y sobre todo la varonilidad de Blanca y de la brasileña, contra las que parecía entablar una lucha. Sería un triunfo y un placer vencer una de aquellas mujeres, afirmar su masculinidad imponiéndoles un amor tiránico y fuerte. Pero la que más le agradaba era siempre Juanita, con aquella coqueta mezcla de alegre y melancólica, y aquella belleza tan extraña de ojos descoloridos, de cabellos cenizos, de tez mate y pálida, casi amarilenta, y aquel fuego de los labios que le daba aspecto de luz ardiendo en un cirio de cera.

El gustaba de estar siempre en aquel círculo, y al despedirse ponía un ardor inusitado en su afecto, parecía que en vez de despedirse quería quedar en ellas de un modo más intenso y besaba con sus besos cálidos y ardientes aquellas manos que se estremecían bajo sus labios.

No era el beso vanal, sin importancia, símbolo de respeto que apenas roza la piel y no causa sensación alguna. Era el beso de vida, el beso amoroso, el beso de pasión, dado á plena boca, imprimiendo los labios en la carne, apretando contra ella, dando alma y haciéndola penetrar. Era el beso que turbaba. La mirada celosa de Fernanda adivinaba temblores imperceptibles de las mujeres bajo aquel beso, y veía empañarse los ojos y entreabrírseles los labios. A veces aquel beso en la mano resonaba en los labios. Se despertaban deseos, inquietudes, anhelos. Y quizás en toda aquella sensualidad no había una influencia real, sino la influencia de la idea de la muerte, la influencia de la guerra, la tiranía de la vida amenazada que exigía imperiosa sus derechos.

—¿Pero todavía sin vestirme?—pregunó él al ver á Fernanda aún en bata, con la cabellera despeinada, indolentemente sentada en la butaca.

—No quiero salir hoy.

—¿Por qué?

—No estoy bien.

Se alarmó él.

—¿Te sientes enferma?...

—Cansada.

Tenía los ojos húmedos y los párpados encendidos.

—¿Has llorado?

—¿Qué tontería!

—Sí, sí... has llorado... Tú me ocultas algo, Fernanda.

—¿Crees que puedo ser feliz viendo los pocos días que nos quedan que estar reunidos?

—¿Y no es peor que en vez de ser de alegría sean de tormento?

—Dices eso, Luis, porque me amas poco...

—No...

—Déjame que te lo diga todo. No protestes. Me amas poco... pero me amas como yo te he amado hasta ahora.

—Fernanda...

—Sí, con un amor tranquilo, repesado, seguro... Te amaba cuanto yo podía amar y me creía que era bastante. No sé qué es lo que me ha despertado ahora a un nuevo amor. No es el miedo de perderte, puesto que en nuestros largos días de separación esa idea no avivó en mi alma tu cariño. Si te hubiera perdido... hubiera tenido una gran pena... un dolor grande... sincero... pero, te soy franca, ahora que lo veo todo con claridad... Me hubiera consolado... como todas... Ahora... ahora no, Luis mío, si te murieras, yo me moriría también, me volvería loca.

La miraba él como una mujer nueva. Aquel amor que había nacido en ella la iluminaba, la transfiguraba, estaba más bella que lo había estado nunca. Sin afeites, sin adornos, con la breve tela blanca que cubría su cuerpo ligero y mórbido, la cabellera negra, tendida sobre los hombros, los ojos brillantes, los labios húmedos, con una exuberancia de pasión y de vida. Se sentía él preso también en el ardor de aquella pasión, él tampoco había amado bastante a aquella mujer, que ahora no le parecía tan suya. Ya más que su mujer era su viuda, su viuda posible. En aquella mutua pasión había como un apremio para sus amores. Sintió una agonía que no había sentido jamás y no encontró palabras para poderle decir todo aquello que pasaba en su alma. La enlazó en sus brazos en un transporte de pasión frenética y como frente a un abismo comenzó a besarla en un transporte desconocido. Era allí, allí donde podía hallar todo su placer, todo su desbordamiento de vida, todo el transporte que necesitaba para que-  
marse y consumirse.

Aún revolotearon en su espíritu las figuras de aquellas mujeres entre las que había repartido sus anhelos; pasaron con sus rasgos confusos, como una zarabanda de mujeres mutiladas... la cabeza de la señora Abreu, los provocativos hoyuelos de las mejillas de Herminia, los estremecimientos de los labios de Josefina, las manos expresivas de René, el dulce encanto místico de la marquesa, la majestad severa de doña Margarita, los ojos inmóviles y fríos de Isabel, la masculinidad fuerte de Blanca y la gracia apachesca de la brasileña. En todas había algo provocativo, atrayente, despertador de deseos, a todas las figuras se asociaba un perfume, un gesto, y entre todas surgía casi completa Juanita, la viuda, con perfume de adulatorio, envuelta en su luto morado.

Sintió celos de su misma infidelidad. Si él sentía así a pesar de su antiguo amor y su pasión nueva, ¿no podría verificarse el mismo fenómeno en el alma de Fernanda; no surgirían también en la

mente de ella otros rasgos masculinos: bigotes, ojos, gestos... robándole sus deseos?

El se sentía tan próximo a perderla que experimentaba celos, celos feroces de todos aquellos desconocidos. Era como en esos cuentos macabros con que se entretiene a los niños y se refieren historias de apariciones, montones de piernas, de brazos, manos, cabezas, orejas, que luego se juntan y forman un ser, un ser que había de robarle su mujer... su viuda... su Fernanda. Rompió a llorar convulsivamente.

—¿Por qué lloras?—exclamó ella asustada.

—Me haces muy feliz y muy desdichado. Tienes razón, no nos habíamos amado aún, no nos hemos amado hasta ahora. Cuando tal vez te voy a perder... cuando estoy pronto a borrarle en tu vida.

—No... yo quisiera encontrar un acento, una palabra que te convencieran de este amor. Tenía miedo de que ya no me amaras tú así. La mujer después de haber desplegado toda su alma, de haber entregado todo su secreto, se siente impotente ante las otras, ante todas las otras que tienen sobre ella la superioridad del misterio... de lo nuevo... cuando nosotras ya, porque lo hemos dado todo, no podemos ofrecer nada.

—¿Y crees que ese miedo no es también nuestro? Tal vez no amamos bastante intensamente porque no hay mujeres que nos den la eternidad. Temerosos de no quedar en una, queremos quedar en todas... Dichosamente nosotros hemos visto la verdad, después de esta dicha, la muerte y la vida son ya lo mismo.

## VII

### JUEVES: APASIONAMIENTO

Se habían sorprendido todos del retraimiento de los dos esposos, a los que habían esperado en vano todo el día y ni siquiera habían asistido a la velada con que la brasileña obsequiaba a la Princesa en el salón del Gran Casino.

El gigante los fué a buscar, pero los criados tenían orden de no pasar ningún recado. Los señores habían comido en su cuarto y habían salido de paseo. Hubo unas sonrisas de burla y de despecho en todos los labios.

—Eso huele a idilio que trasciende—dijo burlescamente Josefina.

—Un idilio matrimonial no se comprende—agregó la marquesita.

—Y s'n embargo, es cierto—dijo Gastón—. Yo los he visto al venir, tan amartelados, tan juntos y tan solos, que no me he atrevido a saludarlos por miedo de robarles un minuto de felicidad.

Herminia hizo una mueca burlona.

—Sería cosa de salvarlos del ridículo—dijo.

—Se puede encargar de ella Juanita—añadió sa-

tíricamente la brasileña—. Si no tiene bastante influencia le confiaremos el encargo á Roberto.

Aquello, que parecía una broma, se puso en práctica al día siguiente. Todos, ellos y ellas, fueron pasando por el Hotel á saber qué les sucedía, á seducirlos, á robarles su amor, á arrastrarlos en su ronda.

Los dos estaban fuertes en su pasión, veían ahora con otros ojos todas las cosas y todas las personas.

Confesaba así su amor con valentía, sin el estúpido miedo al ridículo que la había acometido otras veces. Ahora le parecía que la conquista que más podía enorgullecerla era aquella conquista del marido, por lo mismo que era la más difícil, la más fundamental, en la que no podía emplear armas de coquetería y de negativas que son el aliciente de las otras.

Cuando Juanita, algo desconcertada, pero cono-



era como si, vista de lejos, hubieran tomado por la vida real una representación de teatro, y ahora vieran por entre los desgarrones del telón cómo se disfrazaban los actores y se pintaban con corcho y con albayalde.

Ella contestó con arrogancia á las que se lo querían quitar:

—No podemos aceptar invitación alguna, no queremos separarnos un momento sólo. Perder un sólo minuto de mi marido ni yo misma puedo calcular los días que supone.

cedora de su influencia sobre Luis, quiso insistir con él. Fernanda se interpuso:

—No la puedo dejar á usted que firtie con mi marido, querida señora, es muy poco el tiempo que tenemos y hay que ser avaros de él.

Todos se habían ido más ó menos escandalizados, y ya, solos los dos, se abrazaron de nuevo en un transporte. Sintiendo cómo se amaban cada vez más, con aquel apasionamiento que les hacía adorar como si fuese la primera vez que se lo confesaban.

Era como si tuviesen que apurar, que consumir en pocos momentos toda la cantidad de amor que debía haber llenado su vida; como si la intensidad supliera al tiempo, para concentrar en un beso todo el ardor de sus sangres y de sus vidas.

Fernanda se rió con la alegría de la mujer amada que se siente triunfante sobre sus rivales.

—Las hemos asustado—dijo.—Algunas de ellas se habían formado ilusiones contigo... se escandalizarán de verte enamorado de tu mujer.

—Es que mi mujercita se lo merece todo.

—Adulador...

—¿Dudas que te adoro?

—No...

—¿Que te adoraré toda la vida?

¡Toda la vida! Ante la evocación del porvenir que había en esas palabras, la idea de la separación momentáneamente olvidada, surgió desoladora.

—Sólo nos quedan dos días—exclamó ella, con un acento desesperado, como si aquello fuese una cosa nueva con la que no contaban.

—¡Dos días!

Y para borrar la desesperación se abrazaron de nuevo frenéticamente.

## VIII

### VIERNES: VÍSPEA

Al abrir la madera del balcón llegó el sol hasta la cama. Uno de esos días espléndidos de Niza; uno de esos días de primavera artificial que tienen matces otoñales.

Una misma idea los oprimió:

—El último día.

—Mañana nos separamos.

Después de aquella idea, la terrible interrogación:

—¿Volveremos á vernos?

Formaba contraste la serenidad del día con la agitación de sus almas.

Los dos se arrepentían de haberse despertado tan tarde, era casi medio día y los minutos que el sueño les había robado los atormentaban. Su amor se había hecho doloroso en su intensidad.

—Yo no pensé que se podía amar tanto—confesó él.

—Ni yo—afirmó ella.

Se asombraban los dos de aquella fuerza de pasión, sin comprender cómo obraba sobre ella la acritud terrible de la guerra.

De pronto ella, que le acariciaba las manos, tuvo una idea que la estremeció:

—¿Tienes odio á los enemigos?—le preguntó.

—Odio... ¡No sé!... No sé lo que me quieres preguntar—repuso.

—Oye, Luis. ¿Has matado tú á alguien?

Se estremeció él también.

—Indudablemente... debo haber matado, ahora hemos matado todos... no á un sólo hombre,

sino á muchos... ¿Por qué me lo preguntas? ¿Te doy miedo? ¿Te apartas de mí?

—No... pero ves esta manchita roja en tu uña... yo soy supersticiosa...

—¡Loca! No, no es sangre... ahora matamos y nos matan sin vernos... Tal vez es mejor, así no queda en nosotros ese rasgo, que debe ser inolvidable, del último gesto del muerto.

—Del asesinado...

—¿Qué cosas dices! No es asesinar defenderse...

—Ya sé todas las teorías... No me las digas... Antes las aceptaba, ahora no las acepto... Me horroriza la guerra... Luis... Luis mío... acaso entre esos hombres que han muerto... que tú has matado... habría uno que amaría como tú.

Se quedaron silenciosos.

—Me aterra el pensar en el dolor de las mujeres que aman—añadió ella—. Me aterra la desolación de esas viudas que pueden deberte á tí su viudez.

Quiso Luis consolarla con la vulgaridad de todos los consuelos.

—Lo inevitable... el tiempo... el olvido.

Pero se detuvo turbado presa de unos celos salvajes, ante las ideas que aceptaba. Decía la verdad, hablaba con lógica... era así la vida... pero sentía como celos en nombre de aquellos muertos, celos de sus viudas, de las viudas de todos... de su viuda. Los celos se volvieron acritud contra Fernanda.

—Tú... tú también serías como ellas...

—No, me moriría...

—Nadie se muere...

—Te amaría siempre.

El sintió deseos de maltratarla, de ahogarla.

—¿Luis!

Hizo un esfuerzo, comprendía que por un movimiento estúpido iba á perder la eternidad que había ganado en ella. En ella, que era donde únicamente podía ya sobrepasarse y sobrevivirse.

¿Cómo pasar aquel día? Se hacía todo insoporrible; la soledad, porque el dolor agudo de los abrazos, de los besos, de la idea de separación los atormentaba.

Pensaron en salir y tuvieron miedo de encontrar los amigos, las amigas, todas aquellas gentes que hablaban ahora un lenguaje tan distinto del suyo... un lenguaje que ya no entendían... como no entendían sus sentimientos.

Fueron hasta la Plaza Massena para tomar el tranvía, escaparse á Mónaco, perderse entre aquellos jardines babilónicos que descendían de terraza en terraza hasta el mar.

Caminaban sin querer volver la cabeza, como si no viendo ellos á los demás, los demás no los vieran á ellos; pero veían, á pesar suyo, los soldados, los mutilados, los heridos que cruzaban á su lado. Aquel color azul que el día que á su lado llegó le parecía color de victoria, ahora le parecía color de muerte. Se le oprimió el corazón al pasar ante el hall del *Petit Niçois* y vislumbrar los retratos de aquellos soldados muertos. ¡Si fuera verdad que los otros se morían de hambre! Sentía odio contra ellos y odio contra los suyos propios. Contra todos los que querían arrebatársela á su marido.

Era la primera vez que sentía el odio, ella que, siempre involuntariamente, de rogar por los combatientes, no podía dejar de rogar por todos, sospechando que *los otros* iban arrastrados también, y también dejaban detrás de sí lágrimas y dolor. Ahora, el egoísmo de su pasión se sobreponía á todo. Hubiera querido poder exterminar á la humanidad entera para salvar al que amaba.

Vieron con tristeza pasar ante sus ojos todo el espléndido panorama de la Ribera. No se atrevían ni á hablar ni á mirarse, temerosos de leer cada uno de ellos su propio pensamiento en los ojos del otro. El quería aparentar el valor; ella se esforzaba por disimular su pena; pero la fuerza del sentimiento los vencía. En algunos momentos experimentaban hasta arrepentimiento de haber gozado aquellos días felices. Había más crueldad en conocer así la dicha y exaltar la pasión para perderlo, para hundirlo todo de repente. Aquella entrevista tenía valor de despedida, aun volviendo á unirse de nuevo ya no volverían á encontrar en sus almas aquel delirio, aquella intensidad de pasión. Almorzaron tristemente, casi sin probar los manjares y fueron á pasear á los jardines. Allí, bajo el embruzamiento de ramaje, envueltos en el perfume de las flores, contemplando á sus pies la inmensidad de aquel mar, que parecía ahora como desierto, despoblado, sin cruzar en la lejanía del horizonte la silueta de los barcos que constantemente lo surcaban, el corazón se abría á una ternura mayor. Ella dijo.

—¿Por qué ha de existir una fuerza capaz de arrancarte de mis brazos?

El callaba.

Ella estaba enloquecida.

—Si hubiera dónde huir, donde poder ocultarte!

Suspiró él sin rechazar la idea, más bien con el pesar de que fuese irrealizable... Su patriotismo se rendía ante su amor. Se dejaba arrastrar por la pasión y las palabras de su mujer.

Alentada por su silencio ella le rodeó el cuello entre sus brazos, sin pensar en que pudieran verlos.

—No te vayas... no me dejes...—suplicó.

Luis lloraba.

—Es preciso...

—Un certificado de enfermo...

—¡Imposible!

Miraron al mar con un deleite suicida. Sería cosa de abrazarse, de rodar hasta allí, de buscar refugio en el fondo del abismo. La terrible desesperación de la impotencia, de lo irremediable los martirizaba hasta la locura.

## IX

### PARTIDA

Al llegar el día de la separación los dos comprendieron que todos los amigos que habían rechazado les hacían falta. Necesitaban perderse un

poco en todos para mitigar su desesperación. Ideas de muerte, ideas de fuga, proyectos locos, todo había ido cediendo ante lo frío y lo inmutable de la realidad. Se había marchitado todo, hasta el odio al enemigo, hasta el amor á la patria... no les quedaba más que el cansancio, la impotencia, la desanimación ante lo imposible.



Había sido una noche triste. Antes de acostarse ella había querido rezar y que rezara él. Le había dado una medallita de plata para que la llevase sobre el corazón. En su abandono de todo lo humano se volvía hacia lo divino, aceptando todo lo que creyó antes supersticioso. Se acogía á un poder invisible, fuese el que fuese, que se presentaba como la única esperanza.

Entre sus llantos, sus juramentos, sus abrazos desesperados habían hablado del porvenir. Se ligaban en proyectos, en muchos proyectos, porque sin darse cuenta creían que aquellos proyectos tenían fuerza para ligarlos á la vida, una fuerza de cosa fatal. Sus proyectos creaban su porvenir. Hubieran visto con alegría un hijo de aquellos días, un hijo encarnado de aquella pasión, como si eso le hubiera de obligar á volver.

Así, cuando llegó la hora estaban ya estenua-

dos como esas personas que asisten á un moribundo en su larga enfermedad, lo han visto morir día á día, con tal terror que el momento terrible los sorprende en un estado que se acusan de indiferencia, y se reprochan la insensibilidad.

Sin duda sus amigos se habían dado cuenta de su estado, porque casi todos ellos fueron á la estación. La Princesa envió una tarjeta con su fiel gigante peruano.

Se escribían en las estaciones las estrofas más dolorosas de la guerra: Las de la separación.

Estaban llenos los andenes de soldados y de personas que iban á acompañarlos, apenas viajaba nadie más que ellos. Todos procurando contener el corazón, todos resignados, obedientes á lo que rechazaban. ¿Cómo no imponer el sentimiento de todos frente á lo convencional? Era un fenómeno absurdo, incomprensible.

Cuando se dió el tercer aviso fué preciso arrancarse de los brazos que se tendían. Ninguno, ni los que se iban ni los que se quedaban se habían dado el último beso.

Se apretujaban contra las ventanillas para verse. ¿Se verían otra vez? Por todas partes recomendaciones, promesas de escribirse, el triste consuelo de las cartas que eran un tormento más.

Sobre todos los dolores un dolor de amor. El dolor celoso de dejarla entre todos aquellos hombres, de contemplar su olvido de viuda, las traiciones del corazón, que no podría combatir. Ella sentía celos de la última mirada que pudiera perderse en otros ojos ó dejar en los de su Luis otros rasgos...

Minutos de agonía y de muerte... de beber hiel y sudar sangre.

El silbido piadoso de la locomotora cortando la intensidad del dolor. La gente apretándose contra el tren en una oleada, como queriendo detenerlo, los más enloquecidos corriendo en pos de él para prolongar la vista de los amados. Un anhelo de la última mirada... Una Marsellesa bañada en lágrimas poblando el aire... otro silbido que la cubrió y la extinguió y un tren allá á lo lejos... dejando detrás de él la huella de un dolor desesperado.

*Carmen de Burgos*  
*"Colombine"*

# LOS DEPORTES

REVISTA SEMANAL.

¿Por dónde y de qué comienza a hablaros este pobre cronista, ante semana tan fecunda? No es fácil la respuesta, pero como es necesario que sea inmediata cuando me-

## TIRO DE PICHÓN.

Inaugurado la pasada semana, no es fácil recordar otra ocasión en que el tiro de Pichón de la Casa de Campo, haya presentado tan brillante aspecto.

Disputóse el día de la tirada inaugural el premio de SS. MM. y

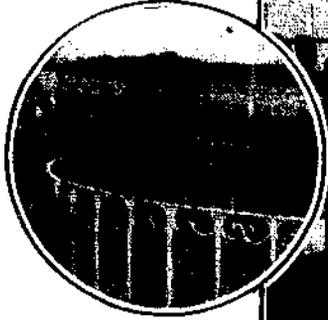
Cristina lo consiguió tras animada *poule* el Sr. Murrieta.

CONCURSO HÍPICO.

*Ensayo é inauguración.*

Estas dos pruebas con las que en esta temporada nuestro hipódromo abre sus puertas, fueron presencia-

EN EL TIRO DE PICHÓN DE LA CASA DE CAMPO



CAMPEONATO INTERNACIONAL DE LAW TENNIS



S. M. EL REY DISPONIÉN. DOSE Á TIRAR Á UN PICHÓN

FIESTA DE ESGRIMA EN CASA DEL MAESTRO AFRODISIO

D. OTTO JENCQUEL Y SR.TA. LUISA CARVAJAL

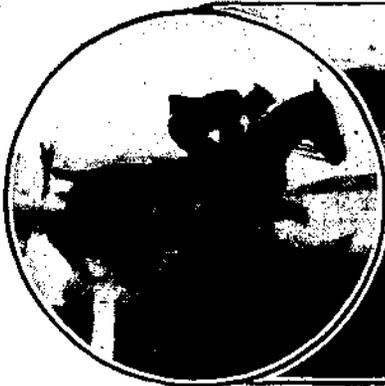
nos, trataré de recordar lo que los numerosos elementos deportivos, populares y aristócratas, llevaron á cabo en los últimos ocho días.

En esta "revista semanal", quisiera en adelante poner un pequeño comentario al más saliente acto de-

de todas partes de España acudieron á la competición las mejores escopetas.

De los numerosos tiradores que tomaron parte, al octavo pájaro llegaron los Sres. Marqués de Villaviciosa, Hurtado de Amézaga,

das por numeroso público. En la primera *Novel, Vive la Josephine, Cancha, Alcalá y Rosstbiff* montados por Gardoqui, Bohorques, Botín, Chacel y Lara se clasificaron respectivamente en los cinco primeros puestos. En la segunda, pre-



"ALTAR" MONTADO POR CARLOS L. BOURBON EN EL SALTO DE VALLA

GRUPO DE SEÑORITAS EN EL CONCURSO HÍPICO

"DELICIA" MONTADO POR CARLOS MATURANA EN EL SALTO DE LA BANQUETA

portivo, pero como en esta ocasión necesitaría hablar aquí de hípica, lawn-tennis, foot-ball, tiro de pichón, pedestrista, etc., prefiero en cada caso poner un comentario si lo merece, al hablar del sport en particular.

Mauricio y Patiño. Al décimo quedaron solamente los dos primeros, quedando por fin derrotado Villaviciosa al matar 12 de 13, y victorioso Hurtado al acertar los 13. Y fué S. M. la Reina, quien entregó al vencedor la copa, entre los vitores de los reunidos.

El premio de S. M. la Reina doña

mio de S. A. R. la Infanta doña Isabel, se inscribieron 80 caballos, y se clasificaron, primero "Jabonero", montado por Navarro, "Meseta" por Higuera, Viajante por Domenge, "Alhavega" por Bourbon, Almenar por el mismo jinete que el cuarto, Tragazón por Llarch y Ali por Chacel.



LOS GANADORES DE LA PRUEBA "ENSAYO"

El segundo día en la prueba para clases de tropa, tomaron parte 16 equipos, constando cada uno de cuatro caballos.

Los cuatro premios (de la Gran Peña) fueron para los equipos del regimiento de Artillería á caballo, segundo regimiento montado de Artillería, regimiento de Artillería á caballo y décimo montado de Artillería.

La prueba "Nacional" sólo consiguieron cinco hacerla sin falta, clasificándose por este orden: 1.º, "Saya", montado por Febrel; 2.º, "Garrotín" montado por Toron; 3.º, "Demas", montado por

por Toron; 5.º, *Viajante*, por Demenge, 6.º, *Denton*, por Gaibls; 7.º, *Alhavega*, por Bourbon; 8.º, *Temperal*, por Arias; 9.º, *Decoroso*, por Serrano; 10.º, *Tangible*, por Chacel; 11.º, *Alí*, por Chacel; 12.º, *Maimon II*, por Bermejo; 13.º, *Salém*, por Sanz; 14.º, *Encono*, por Cavanillas, y 15.º, *Instalado*, por Angel F. de Lienes.

#### PEDESTRISMO.

La Sociedad Cultural Deportiva celebró con gran brillantez su segundo aniversario de vida.

Por la mañana el campeonato fué el resultado que después publicamos: un banquete animado al que

- 8.º D. Jesús de la Calle.
- 9.º D. Francisco Amescua.
- 10.º D. Manuel Crespo, etc. etc.

#### FOOT-BALL.

En la corte ningún partido; ay, por fortuna!, porque, ¿qué hubiera sido del cronista si además de lo reseñado tiene que presenciarse un *match* de balompié?

Pero en su lugar los comentarios al acuerdo tomado por la Real Federación impidiendo el partido final del campeonato, ocupan la atención de todos los aficionados, puesto que habiendo opiniones para todos los gustos, dicho acuerdo merece el calificativo según la mayor ó menor *filia* ó *fobia* de cada uno.

Y como nosotros no podemos ser neutrales en tal asunto, de aquí que ni con unos ni con otros esperemos que ahora el silencio, y después el tiempo castigarán suficientemente tan ligero acuerdo.

#### ESGRIMA

En la sala del maestro Afrodiseo se celebró un torneo interesantísimo, para disputarse entre los alumnos del popular maestro, una copa donación del doctor Tapia.

Los asaltos á sable y espada, disputadísimos, fueron presenciados por numerosos amigos y aficionados, que el último día presenciaron con deleite algunos de los encuentros, en los que además de Revenga y Tapia, dos de los mejores discípulos (con haber muchos que tiran magníficamente) tomaron parte Afrodiseo y el menor de los hijos de Díaz de Mendoza, Carlos, quien confirmó con el sable en la mano, la fama que le han achacado cuantos le vieron tirar en lejanas tierras.

A. M. F.

## MOTOCICLETAS HARLEY DAVIDSON

Sus características son: ACABADO y ROBUSTEZ

Casa J. A. DE LANDALUCE. Alcalá, 99.—Teléfono 8-887.

Ortega; 4.º, "Baldo", montado por Fernández; 5.º, "Lechuza", montado por Barreta.

El domingo para presenciarse el "Omnium", acuden muchos más aficionados, de uno y otro sexo, y como es lógico, uno de ellos (á la sagacidad del lector dejo averiguar cuál sea), destaca en elegancia y belleza en el marco de tribunas y paseo.

Toman parte 108 caballos, de los que sólo 14 terminan sin falta, clasificándose por este orden: 1.º, *Meseta*, montado por Higuera; 2.º, *Demas*, montado por Pérez Ortega; 3.º, *Golfa*, por Aparicio; 4.º, *Garrotín*,

concurrieron casi todos sus socios y finalmente un concurridísimo baile, al que asistieron muchas y bellas señoritas.

Los corredores en los 10 kilómetros tardaron estos tiempos:

- 1.º D. Julio Domínguez, en 35 minutos, 58 segundos, 2/5.
- 2.º D. Angel G. Pina, en 36 minutos, 6 s.
- 3.º D. Julián Encina, en 36 minutos, 48 segundos.
- 4.º D. Juan M. Zarandíeta, en 37 m., 23 s.
- 5.º D. Gonzalo Leyva, en 37 minutos, 38 s.
- 6.º D. Manuel Cruz.
- 7.º D. Emilio Práxedes.

# La Lidia

TAURINA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS LUNES

## J. TANENNBAUM

Representante con depósito de la acreditada fábrica de Alemania de E. T. Gleitsman.—Dresden Tintas y colores, barnices, Pasta para rodillos.

CARMEN, NÚM. 24.

## LOS CONTEMPORÁNEOS

tiene establecido en Barcelona un centro en el «kiosco Colón», plaza de Cataluña, frente al paseo de Gracia.

APARATOS  
Y  
DISCOS  
MARCA:



Aparatos "GRAMÓFONO" con ó sin bocina, desde 110 á 1.100 pesetas  
LOS APARATOS QUE NO TENGAN ESTA MARCA NO SON VERDADEROS "GRAMÓFONO" ÉSTOS SOLO LOS VENDE

**UREÑA**

En Madrid: PRIM, 1

CATALOGOS GRATIS

# CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA



EN 1876

CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

ACABA DE PUBLICARSE:

## LA LITERATURA ESPAÑOLA

RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA

POR

A. SALCEDO

TOMO II

EL SIGLO DE ORO

En rústica, OCHO PESETAS.—En holandesa Bez, OCHO PESETAS

Publicado: TOMO I, La Edad Media.—En prensa: TOMO III, El clasicismo.—TOMO IV y ÚLTIMO. Cuatro días

**PROSPECTOS DETALLADOS, GRATIS**

**Usted usará por rutina un dentífrico cualquiera sin dar la importancia que tiene a la higiene de la boca. Si conserva sana su dentadura, masticará bien.**

**Si mastica bien, digerirá bien.**

**Si digiere bien, tendrá salud.**

**Si tiene salud, tendrá buen semblante.**

**Quien tenga buen semblante, tiene belleza.**

# **Oxenthol**

**dentífrico admirable a base de oxígeno viene a romper viejos moldes, aunando las ventajas de ser producto de tocador que embellece y curativo de cualquier enfermedad de la boca.**

**Compare, ensaye y si lo prueba,**

**USTED LO USARA**

**Creación de la PERFUMERIA FLORALIA**

**Oficinas: ATOCHA, 14.**

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-per



1000818